

En la escuela, pero... ¿qué escuela?

ÁNGEL MIRANDA*

¿DE QUÉ ESCUELA HABLAMOS?

La convocatoria de unas jornadas sobre Sociedad, Cultura y Religión, nos abre también, y no podía ser de otro modo, a una reflexión sobre el sentido y la realidad pastoral de la escuela y, en particular, de la Escuela Católica.

Porque, ¿qué pasa hoy con la escuela?

Es evidente que en todos los países del mundo, la escuela y todo cuanto ella representa, parece haber perdido y tener dificultades para conseguir un estatuto social de existencia y trabajo, tanto en medio de las sociedades incluso más avanzadas, como en otras que podríamos decir en vías de desarrollo.

Cuando hablamos de la escuela en general, hablamos de:

- Una organización con los componentes propios de la misma.
- Un tipo de relaciones interpersonales.
- Un conjunto de opciones determinadas respecto a sus relaciones con la zona.
- Una escuela cuya actividad está regulada desde los poderes públicos a través de una legislación específica.

* Coordinador Nacional de las Escuelas Salesianas.

- Una escuela marcada, en muchos casos, por la diversidad y complementariedad de funciones y de cargos.
- Una escuela en la que adquiere un gran valor el sentido de disciplina, las programaciones, la dinámica educativa, y, desde nuestra perspectiva específica, el crecimiento y la formación integral de las personas que forman parte de la comunidad educativa.

Hablamos, por tanto, de una escuela que va más allá de cuanto hemos apuntado, en la medida que damos un salto cualitativo al considerar que la profesionalidad de las personas y de los educadores no basta para explicar una presencia en la sociedad y en el mundo que descubrimos como una experiencia de «llamada-respuesta» que solamente encontrará un eco positivo desde la «perspectiva vocacional» de una actividad escolar vivida por la gran mayoría de los miembros de la comunidad educativa.

Hablamos de una escuela que se nos manifiesta, en muchos casos, como una realidad, y en general:

- Con una imagen social deteriorada.
- Donde no faltan, según zonas o países, las repercusiones de una violencia social más o menos institucionalizada.
- Donde palabras como «autoridad» o «fracaso» adquieren un significado muy específico.
- Donde la escuela católica se ve también, con frecuencia, sometida a la tentación de buscar recetas.
- En la que es preciso luchar contra la crisis vocacional, o mejor, del número de vocaciones de las instituciones titulares.
- En la que, a menudo, surge el debate entre la rigidez institucional organizativa y la autonomía de los miembros de la comunidad educativa.
- Donde se experimenta la tentación de una calidad marcada o reflejada, sobre todo, en la selección y la competitividad de los mejores.

Es decir, hablamos de una escuela que se mueve en el día a día entre grandes interrogantes.

¿DE QUÉ «PASTORAL» HABLAMOS?

Hablamos de pastoral «en» la escuela, entendida como la necesidad de dar respuestas pastorales a todos los miembros de la comunidad educativa, es decir, a los alumnos, a las familias y a los educadores, en el seno de una sociedad, y, por tanto, en una escuela marcada por el pluralismo ideológico, moral, social, cultural y religioso.

A ello se añade un conjunto de exigencias sobreañadidas a la realidad organizativa y educativa de la escuela derivadas de la necesidad de atender a situaciones de diversidad marcadas por las procedencias familiares, geográficas, económicas de los alumnos o de sus familias.

Tratando de completar el panorama, nada fácil, de la escuela, habrá que tener en cuenta las consecuencias de una sociedad que vive en la fragmentariedad, en la provisionalidad de las opciones y en el afán de probar nuevas experiencias, de manera especial por parte de los alumnos, que «viven su realidad a trozos»: ahora como hijos, más tarde como colegas, después como alumnos, un tiempo como miembros de los grupos formativos de la escuela o de la parroquia y otro como parte de un colectivo juvenil donde para nada cuenta el planteamiento religioso o trascendente de la vida.

A ello podemos añadir, todavía, la multiculturalidad en que se mueve nuestra escuela que intenta hacer camino para realizar una oferta educativa desde el convencimiento de que la clave radica en la construcción de una sociedad intercultural, donde sea posible el diálogo y la interacción entre las diferentes culturas presentes en la escuela y en su entorno.

¿Qué significa, por tanto, plantear la animación pastoral en esta panorámica que tantos interrogantes plantea al ser y al hacer ordinario de la escuela?

La situación es novedosa y no valen los paradigmas pastorales que, a lo largo de tantos años, han solucionado la acción de tantos coordinadores de

pastoral escolar. Como en muchos otros aspectos de la vida, también aquí asistimos a un «cambio de época», lo que exige que, a pesar de los interrogantes suscitados desde la realidad, seamos capaces de intuir nuevas líneas de trabajo y nuevas pautas para el diseño de una pastoral escolar con futuro.

Y eso, a pesar de entender que incluso las soluciones que demos estarán marcadas, en muchos casos, por la provisionalidad, por la sensación de una casi permanente primera fase experimental o por la incertidumbre de saber si estamos acertando.

Todo menos quedarnos en el interrogante, cuando no en la lamentación constante por las dificultades que encontramos. Son las de nuestro tiempo y tenemos que ser capaces de afrontarlas, como nuestros antepasados supieron abordar las propias de su tiempo.

¿UN NUEVO PARADIGMA DE ESCUELA?

La situación que venimos comentando reclama, por parte de los educadores, la necesidad de «creer y crear» una escuela nueva:

- que intenta ser muy buena noticia, la mejor noticia entre el conjunto de noticias que reciben sus destinatarios;
- donde no sólo se hace «pastoral», sino que trata de convertirse día a día en una «escuela en pastoral» donde la organización, en estilo educativo, el desarrollo de las tareas, las relaciones interpersonales, etc., se convierten en una propuesta pastoral que va más allá de las celebraciones o de las convivencias;
- en la que, como «nuevo areópago», es posible realizar un «anuncio de resurrección», aunque siempre habrá gente que decida «volver otro día»;
- que, en su ser y en su hacer, se convierte en anuncio transparente del Reino y en propuesta educativa cuyo modelo de persona tiene como referencia la persona de Jesucristo.

Líneas de futuro

El nuevo paradigma podría condensarse en cuatro líneas de futuro o cuatro tendencias intrínsecas a la propia escuela, donde se trata de pasar:

- desde una escuela «comunidad educativa» a una escuela que se configura como «comunidad educativo-pastoral», es decir, una escuela en la que los vínculos de la comunidad van más allá de los que exigiría la mera convivencia o el respeto de la normativa de la sociedad civil;
- desde una escuela que se organiza en torno a la actividad de personas «encargadas» de las cosas a una escuela en la que cada uno se siente «corresponsable» del diseño, desarrollo y mejora del proyecto educativo del centro;
- desde una escuela que ofrece un conjunto de actividades académicas a las que se añaden otras actividades «pastorales», a una escuela preocupada porque, en ella, todo se convierta en propuesta y actividad «educativo-pastoral»;
- desde una escuela donde siempre encontraremos, en el mejor de los casos, buenos profesionales, a otra donde emergen, sobre todo, los planteamientos vocacionales de los distintos miembros de su comunidad educativo pastoral.

UNA ESCUELA CATÓLICA

El Concilio Vaticano II, en la *Gravissimum Educationis*, aborda la realidad de la educación y, con ello, de la escuela católica, convencido de «la importancia decisiva de la educación en la vida del hombre y del influjo, cada vez mayor, en el progreso social contemporáneo».

Por eso el planteamiento conciliar de los objetivos concretos para la educación y la escuela católica se fija en:

- la madurez humana y cristiana de las personas,
- el conocimiento de la fe,
- la apertura a la relación con Dios y
- la formación de testigos.

Esto le lleva a proponer un trabajo que se preocupe de:

- el cultivo de las facultades intelectuales,
- la adquisición de un correcto juicio por parte de los alumnos,
- la aproximación al conocimiento del patrimonio cultural de la Iglesia,
- el sentido de los valores,
- la preparación profesional y la
- convivencia ciudadana.

En consecuencia, podemos afirmar que se trata de «creer y crear» una escuela católica cuyos rasgos distintivos sean:

- la creación de un ambiente de comunidad,
- animado por el espíritu evangélico de libertad y caridad,
- desde un talante abierto al progreso y
- al servicio del Reino.

Estamos, por tanto, ante una propuesta de mucho calado, para cuantos creemos en la escuela como plataforma evangelizadora de primera magnitud.

Dos claves de futuro para la escuela católica

El futuro de la escuela católica, igual que el de las demás escuelas, hunde sus raíces indefectiblemente en dos parámetros irrenunciables:

- la identidad, en nuestro caso como centros católicos identificados con los rasgos de un carisma determinado, y

- la calidad de los centros que en nuestro caso podemos definir como calidad educativo-pastoral de los mismos.

Cuando justificamos la existencia de nuestro centro a partir del derecho constitucional a la elección de centro, por parte de los padres o de las familias de los alumnos, es evidente que estamos reclamando la necesidad de que existan escuelas diferentes, escuelas con una identidad definida, con un mapa genético propio, que las haga distintas y capaces de realizar una oferta educativa diferente –no decimos si mejor o peor, pero sí diferentes– de la que realizan otras escuelas.

De ahí la necesidad de especificar, lo más posible, los rasgos diferenciadores de nuestra escuela y de su propuesta educativa.

También es verdad que, en cualquier sociedad de bienestar, va creciendo día a día la cotización de la calidad educativa, entendida no sólo como calidad del producto o del servicio que se presta, sino como capacidad de dar cumplida respuesta a las expectativas y necesidades de nuestros destinatarios –clientes–, que nos diría un concepto más industrial de la calidad.

LA MISIÓN, LA VISIÓN Y LOS VALORES

Como en cualquier otra organización, es evidente que la identidad del centro educativo queda determinada por tres parámetros que necesitan una definición propia y establecida, de manera particular, por quienes ostentan la responsabilidad directa sobre la oferta educativa que realiza la escuela.

Estamos hablando de:

- La «misión», es decir, la justificación de aquello para lo cual ha nacido la escuela, su razón de existir, la definición clara del servicio educativo que quiere prestar.

- La «visión», que presenta ante la sociedad el camino de futuro por el que se mueve nuestra escuela, lo que intenta ser, aquello que define cómo quiere ser vista nuestra escuela en el entorno personal y social de la misma.
- Los valores que promueve dentro de sí con su estilo educativo, mediante las relaciones interpersonales, como propuesta de un aprendizaje experimental que convierte a la escuela en laboratorio de algunos valores que consideramos fundamentales para la vida.

Y ahora, una pregunta: ¿Y qué pinta la animación pastoral en todo esto?

La respuesta no es difícil: lo mismo que pinta en cualquier estructura que quiera ser fiel a la misión que tiene confiada, a la visión o el proyecto que Dios tiene sobre ella y a los valores que mueven la sensibilidad pastoral del propio carisma.

Seguimos, por tanto, abriendo caminos para la elaboración del Proyecto Educativo-Pastoral que intenta ser fiel a la propia identidad de la Escuela.

LOS CUATRO PILARES DE LA EDUCACIÓN

Aprovechando las intuiciones del informe Delors, la definición de un nuevo paradigma para la escuela y, más en concreto, para nuestra escuela, pasa por profundizar y afirmar su tarea educativa sobre esos cuatro pilares sólidos que soportan los saberes que proporciona la escuela:

- El saber.
- El saber hacer.
- El saber convivir.
- El saber ser.

Pilares que, en nuestro caso, como escuela católica, guardan una referencia permanente con la experiencia de Jesús, como hijo de Dios y de la Iglesia como comunidad que ayuda a la construcción del Reino.

Se trata, por tanto, de construir una escuela que ayuda a sus alumnos y a los demás miembros de la comunidad educativa, a «saber», es decir:

- a comprender el mundo que le rodea;
- a descubrir el placer de comprender, de conocer, de saber;
- a tener acceso a las metodologías del trabajo científico y a los mejores arsenales de cultura general.

Una escuela que ayuda a «saber hacer» intentará ser una escuela que desarrolla unas competencias concretas para la vida:

- El sentido de adaptabilidad y de aplicación de los conocimientos adquiridos.
- La capacidad para innovar continuamente el propio quehacer educativo escolar.

Nuestra escuela se convertirá en escuela que enseña «a convivir con los demás» si estimula el desarrollo de unas competencias personales y sociales que ayuden a las personas a:

- Entender, respetar y trabajar con otros.
- Reconocer la interdependencia y el sentido de los derechos y de los deberes.
- Preparar a las personas para participar activamente en la vida pública.
- Colaborar en la construcción y gestión del bien común.

Es una escuela que ayuda a «ser» personas que...

- descubriendo el gran tesoro que tienen en su interior,
- elaboran pensamientos autónomos y críticos,

- deciden por sí mismos y
- viven con un sentido ético positivo.

Todo esto supone fortalecer esos cuatro pilares de la educación convirtiéndose en una escuela que pasa:

- de la transmisión de conocimientos a la construcción de competencias;
- de considerar al alumno como consumidor de ciencia a considerarle como protagonista de su proceso educativo, porque hace, pregunta, descubre;
- de ser una escuela donde «se enseña» muy bien, a ser una escuela cuyo centro de atención se sitúa en el aprendizaje como instrumento privilegiado de comunicación y de crecimiento de la persona;
- de ser esa escuela donde el currículo académico deja de ser el corsé establecido por la ley para convertirse en un instrumento y en un medio que dirige y guía la práctica pedagógica.
- Tratando, en todos los casos, de ser una escuela donde se reconoce una función y un tipo de relaciones diferentes entre el profesor y el alumno.

UNA ESCUELA NUEVA

Resumiendo posibles alternativas, la escuela que queremos construir debe recorrer unos itinerarios con un punto de partida y un punto de llegada que van:

- del enseñar al aprender;
- de la transmisión de información a la búsqueda del desarrollo de las personas;
- de la formación impartida y recibida al protagonismo del alumno en su proceso de formación;
- de una escuela considerada como simple lugar o espacio físico a una escuela que es lugar y espacio de encuentro y de convivencia;
- de la primacía de los conceptos a la clara valoración progresivamente mayor de la experiencia;

- de una escuela que educa para las finalidades de la propia escuela a una escuela que educa para la vida.

Y TODO MEDIANTE UN PROYECTO EDUCATIVO PASTORAL

En el trasfondo de esta escuela está latente, como ya se ha dicho, el desarrollo de un Proyecto Educativo-Pastoral que, en sus grandes líneas, se traduce, o intenta:

- la construcción de una Comunidad Educativo-Pastoral cuyos elementos de cohesión sean el amor a los jóvenes y la misión educativo pastoral asumida por todos los miembros de la comunidad educativa;
- el cultivo de la dimensión educativo cultural de las personas mediante la animación y el acompañamiento de procesos personales de crecimiento y de liberación de las posibilidades creativas de la persona, siempre en pro de su inserción crítica en la cultura y en la sociedad, lo cual supone creer en un proyecto integrado de crecimiento de la persona humana de cara a la asimilación crítica, selectiva y creativa de la cultura;
- no puede faltar en nuestro Proyecto, centrado en la educación integral de la persona, la oferta de un plan explícito de educación en la fe, rico en propuestas y ofrecido a los jóvenes en un clima de libertad, conforme a una sana pedagogía. Por eso la escuela católica debe ser capaz de atender y proveer todas las expresiones de la acción explícitamente pastoral, como son el anuncio, la vida y el desarrollo de comunidad, la celebración de la fe y el compromiso o servicio testimonial a favor de los demás;
- dentro de ese mismo proyecto educativo pastoral nuestras comunidades educativas, por el hecho de serlo, pueden y deben promover experiencias de asociacionismo que ayuden a los destinatarios a desarrollar una sensibilidad capaz de reconocer el valor del otro, de potenciar el sentido de comunidad, y de abrir a las personas al compromiso social y, en su caso, a la experiencia de Iglesia. Es, dentro de esta visión, donde

desempeñan un papel especial las relaciones interpersonales, los procesos de inserción comunitaria y la apertura a la participación como experiencia que derivará en el futuro en un modelo de sociedad acorde, o más acorde, con nuestros planteamientos educativos;

- finalmente, creemos que nuestro Proyecto Educativo tiene una finalidad última y más comprensiva, como sería favorecer el que nuestro destinatarios encuentren en la escuela los elementos suficientes para elaborar su propio proyecto de vida. Es este enfoque el que potencia el sentido de las tareas de orientación, de propuesta y de acompañamiento personal, profesional y, en último término, vocacional de los destinatarios de nuestra labor educativa.

Algunos criterios organizativos básicos

Nuestro deseo de hacer, de nuestra escuela, una escuela «en pastoral» supone también la opción por determinados criterios organizativos básicos entre los cuales destacamos los siguientes:

- La necesidad de tener en cuenta que nuestra escuela, como tal escuela, es una «organización sistémica» donde las personas y las tareas diferentes influyen de tal manera, unas en otras, que el fallo de alguna de ellas afecta a la totalidad de la organización escolar; y viceversa. Y los ejemplos sería múltiples.
- Mantener y reforzar el sentido de comunidad educativo-pastoral cuidando y fortaleciendo aquellos aspectos inherentes a cada una de las tres palabras: «comunidad», «educativa» y «pastoral».
- Tener conciencia clara de que nuestra escuela, más que ser un servicio público, desarrolla una función pública de innegable influjo en la construcción y desarrollo de una sociedad de futuro.
- Entender que nuestra escuela, en su organización, en las relaciones que establece, y en los objetivos que pretende, manifiesta, lo quiera o no, su preferencia por un determinado proyecto económico y social determinado

- y, posiblemente, de diferente signo que el de cualquier otra escuela.
- Asumir que el marco legal en el que debe moverse la escuela, además de ser uno de los elementos de su referencia pública ante la sociedad, se convierte en una llamada permanente a la coherencia ética con el proyecto social que propugna.

Y todo ello en el marco de referencia de su Proyecto Educativo-Pastoral que responde adecuadamente a las exigencias y condicionantes de la misión, de la visión, y de los valores que caracterizan su propia identidad.

Algunas opciones pedagógicas para la organización pastoral de la escuela

Como es natural, la animación pastoral de la escuela o, mejor, la construcción de una «escuela en pastoral, debe ser extremadamente respetuosa con las opciones pedagógicas que condicionan o determinan la vida y el quehacer ordinario de la escuela.

Por eso, aunque no sea frecuente tenerlo en cuenta, consideramos que es importante que en la programación de los objetivos, contenidos, metodologías y sistemas de evaluación del «currículo pastoral» de la escuela, también se tenga en cuenta:

- la exigencia de arrancar desde una evaluación inicial de los destinatarios en relación con los elementos identificativos de nuestra oferta pastoral;
- la necesidad de establecer procesos de atención a la diversidad, teniendo presente las diferencias personales y grupales de los destinatarios que por procedencia familiar, geográfica o social con que llegan a la escuela son sometidos a situaciones concretas de marcada diversidad personal y religiosa;
- la opción indispensable porque todas nuestras ofertas «pastorales» entren dentro de los parámetros y de las exigencias de un aprendizaje

significativo, como condición definitiva para la motivación y la aplicabilidad de las ofertas que realizamos;

- la puesta en marcha de itinerarios de formación marcados por la progresividad de las intervenciones y por nuestra capacidad de movernos en las zonas donde cabe y tiene sentido la modificabilidad cognitiva de nuestros destinatarios;
- también la noción constructivista de los procesos de aprendizaje ocupará un lugar importante en la determinación de nuestros procesos de animación pastoral, dado que solamente podemos intentar el desarrollo personal y de grupo si los objetivos pastorales de nuestra oferta tienen en cuenta el antes y el después de cada una de nuestras intervenciones;
- como en los demás procesos educativos de la escuela, y también en el proceso educativo pastoral que llevamos entre manos hemos de contar con la persona del educador-mediador que, lejos de moverse en propuestas cerradas en sí mismas, se identifica como promotor y mediador de la experiencia personal y social de los destinatarios.

Sociedad, Cultura y Religión

Dentro del significado concreto y preciso de la nueva área o asignatura del currículo de nuestro Sistema Educativo, conviene tener presente, también, algunos aspectos generales que tienen que ver con la puesta en marcha y desarrollo de la SCR en una escuela católica.

Entendemos la sociedad como:

- punto de partida de donde nos vienen los alumnos y las familias que optan por nuestra propuesta educativa;
- meta de llegada, donde esperamos que fructifique la actividad sembradora de la escuela a través de ciudadanos formados integralmente en su seno;
- condicionante positivo y negativo de la realidad que viven nuestros destinatarios, inmersos en la sociedad.

Hablamos de la cultura desde una escuela que:

- opta por el diálogo de igual a igual, honesto y claro, entre la fe y la cultura.
- comprende la realidad pluricultural como base para su oferta educativo pastoral intercultural.
- valora positiva y críticamente la realidad secular y secularizada de la propia cultura.
- considera la variedad como caldo de cultivo y experiencia habitual de sus destinatarios;
- desarrolla su tarea como oferta que posibilita la capacidad de aprender a lo largo de toda la vida.

Nos parece que la presencia de la «religión» dentro del currículo y dentro del ámbito experiencial de la escuela reclama:

- la exigencia de trabajar educativamente desde las claves de Jesús de Nazaret;
- la necesidad de convertirse en una escuela donde se hace experiencia del Reino de Dios que se anuncia;
- la importancia de ser «escuela de iglesia» con un enfoque comunitario cercano a una iglesia presente en el mundo y servidora de la sociedad.

ALGUNAS CLAVES PARA LA REACCIÓN

A manera de conclusión y de síntesis podemos afirmar que la construcción de una «escuela en pastoral» se enfrenta con una realidad que podemos sintetizar en las siguientes afirmaciones:

- La situación no resulta fácil.
- Son muchos los agoreros que desde hace tiempo vienen propugnando el «sin sentido» de la escuela católica, e incluso la presencia de militantes católicos en la escuela.

- No resulta fácil vivir con ilusión y con esperanza el día a día de nuestra escuela.
- No es difícil encontrar diferentes actitudes frente a los retos innegables que plantea la situación.

Como agentes y responsables de la animación pastoral de la escuela, siempre quedan las preguntas:

- ¿Dónde nos situamos?
- ¿Cómo afrontamos esta situación?
- ¿Nos dejamos derrotar?
- ¿Echamos por la borda nuestras fuerzas?
- A lo mejor estamos convencidos de que no hay solución, o dudamos de todo y de todos.

Lo cierto es que solamente manteniendo la esperanza por encima de todo seremos capaces de construir y de llevar a cabo ese proceso de construcción, desarrollo, revisión permanente y mejora continua de nuestro Proyecto Educativo Pastoral.

En el fondo se trata de navegar, de remar mar adentro a pesar de todas las dificultades.

Ojalá nadie nos tenga que decir, como el Maestro, «hombres de poca fe». Él ya lleva el timón, aunque nos parezca que está durmiendo tranquilamente en la proa de un barco que naufraga.

A menudo puede parecer nos «un fantasma». Puede ser que, como Pedro, tengamos que despojarnos de muchas seguridades, de tantas certezas, y atrevernos a caminar sobre aguas nada tranquilas, pero siempre sobre el agua donde, con bastante frecuencia, chapotean en búsqueda de salvación muchos de nuestros destinatarios.